

GUANTANAMERA

Siempre me había gustado pasear por las calles de mi ciudad, Zaragoza. Pero la ciudad ya no era lo mismo sin él, a menudo me decía a mí misma “vamos Emma, tienes que volver a salir y visitar esos sitios que antes amabas” pero me resultaba imposible, era imposible si no era con él, ya no eran mis sitios, se volvieron nuestros sitios. Hoy cumplía un año desde que el destino arrancó un pedazo de mi alma cruelmente, y si lo hubiera sabido habría hecho lo que fuera para que esos momentos que viví con él fueran para siempre.

Aún recuerdo cómo le conocí, estaba en camino a mi museo favorito El museo de Zaragoza siempre que tenía una tarde libre iba a aquel museo, se volvió como mi segunda casa, mucho antes de que Mateo se convirtiera en mi casa. Ahí estaba yo en la puerta de mi museo favorito, con mis cascos puestos escuchando mi canción favorita y de repente él apareció, se detuvo a mi lado y se quedó observando las mismas estatuas que había en la fachada del museo, de mi museo, esas figuras, blancas, que sabías que no eran humanos por el simple hecho que no se movían, pero que parecía que en cualquier momento iban a moverse y hablarte, hechas con una delicadeza y al mínimo detalle.

El silencio era lo único que había entre nosotros, no éramos capaces de quitar la mirada de aquella fachada. Éramos él y yo y aquellas tres mujeres, hasta que de repente giré la mirada y lo vi, y vi mucho más allá de sus ojos marrones como el parque en otoño, vi su pasión y amor por lo mismo que yo estaba mirando, esa fachada, o al menos pensé que era por ellas.

Nuestros ojos conectaron, se juntaron, era como si hubieran sido creados para estar juntos, igual que las obras que allí había, que parecían haber sido creadas para ese museo y para nosotros.

De repente él habló y dijo “me encanta esa canción, me encanta Guitarricadela fuente” y en ese momento lo supe, supe que era él y supe que aquella visita al museo, que ya lo había visitado mil veces iba a ser especial y diferente, así lo fue.

Yo le dije si quería un casco y el sin decir nada me lo quito de la mano y se lo puso "pon esta canción otra vez" dijo el, mientras dos extraños se conocían, sus almas conectaban a través del ritmo de "guantanamera".

Los dos entramos al museo y lo vivimos juntos, fuimos uno, sentíamos la misma pasión, locura y admiración por las obras que estábamos observando, fuimos la misma persona y todo por unas dichas estatuas. A partir de ese día, Mateo y yo íbamos todos los viernes a aquel museo y era cuestión de tiempo que nuestras bocas expresaran lo que sentía nuestra alma.

Mateo y yo fuimos felices hasta que una tarde de invierno, yo estaba esperando en la puerta de nuestro museo, esperando a que él llegara, como había hecho toda mi vida. Pero el tono de mi llamada interrumpió la canción que estaba escuchando, en cuanto cogí el móvil, me dieron la noticia, la peor noticia que me podían dar, Mateo ya no estaba, se había ido y un coche había sido quien me lo había quitado.

Mi alma se rompió, un pedazo de mi había sido arrancado y yo no estaba preparada para eso. Cuando colgué el teléfono "guantanamera" comenzó a sonar, parecía como si el universo estuviera gastándome una cruel broma, levante la cabeza, y allí estaban, nuestras estatuas, nuestro museo, pero ya no era igual. Todo era diferente, aquellas figuras perdieron su brillante color blanco, su delicadeza y su paz, solo me transmitían dolor, rabia y un profundo rechazo por aquel lugar.

Ahora un año después entiendo que las estatuas nunca cambiaron y yo fui la que se apagó, sin él no había luz. Y aquí estoy un año después en la misma puerta donde me encontraba hace un año y donde conocí Mateo, donde conocí a la pequeña pieza del puzzle que le faltaba a mi alma para estar entera mientras escuchaba nuestra canción. Reuní todo el valor que podía hallar dentro de mí y levanté la cabeza para mirar a aquellas 3 mujeres y seguían igual de tristes y apagadas, carentes de la capacidad de transmitir, hasta que de pronto, un rayo de sol, apuntó justo a esas estatuas, dándoles la luz y felicidad que antes transmitían, en ese momento lo entendí, era él, Mateo era la luz. Y siempre me iluminaría, tal y como hacía antes, pero en diferente forma, igual que lo hacían las figuras del museo, Mateo sería capaz de seguir transmitiéndome sentimientos, aunque no esté presente, ni pueda hablarme. A partir de ese día, volví a ir a mi museo favorito,

perdón, nuestro museo favorito, cada viernes, porque era el único lugar en el que me sentía completa.

Porque los lugares tienen la importancia que cada uno le damos, y El museo de Zaragoza se convirtió en mi lugar donde reír y llorar, se convirtió mi lugar donde sentir.